

MARIO Y SU VIAJE SOÑADO



MARIO Y SU VIAJE SOÑADO

Esta es la historia de un chico llamado Mario que tenía 10 años. Le gustaba mucho el fútbol pero sobre todo le gustaba acostarse en la cama, cerrar los ojos y empezar a soñar. Tenía una imaginación portentosa y ese día decidió ponerse a imaginar sobre sus perros.

Los quería muchísimo, y aunque no vivieran con él, en cuanto Mario iba de viaje a su pueblo, Allariz, Coqui y Zule se ponían a correr frenéticamente por la alegría de verlo. Les hacía cuantas caricias reclamaran y se acostaba con ellos por las noches en el sofá. Por eso cuando se marchaba de nuevo a Valladolid le daba mucha pena y después de despedirse de sus abuelos y sus tíos, corría hacia donde estaban sus queridos perritos y aunque no lo dijeran, Coqui y Zule estaban tristes de que se fuera.

A Mario le encantaba ir en verano, pues permanecía más tiempo, se tumbaba al sol con ellos y al final de la tarde, cuando la temperatura era más agradable, salía a pasear con los perros amarrados por la correa. Cada año esos paseos eran más cortos, pues los perros eran ya viejos y se cansaban fácilmente.

Pero un día recibió una noticia que le dejó roto: su tía llamaba diciendo que Zule estaba muy mala y que lo más seguro era que se muriera. Mario se echó a llorar de tal manera que no podía parar. Sus padres intentaron consolarle pero esa noticia le dolía demasiado. A medida que iban pasando los días lo fue superando y dejó de sentir esa gran tristeza. Obviamente no significaba que se olvidara de ella; eso nunca lo haría.

La vida transcurría con normalidad, hasta que sus padres le dijeron que aprovechando las vacaciones de Semana Santa iban a ir a Allariz. Mario pensó cómo se sentiría al llegar allí y ver solo a Coqui correr. La noche antes de partir rumbo a Galicia, Mario pensó en su perrita muerta con tanta fuerza que de repente empezó a separarse de la cama y a volar más allá del techo de la habitación. Se elevó por encima de las nubes y finalmente se detuvo. Miró a su alrededor, entre extrañado y miedoso, pues no sabía qué se encontraría en ese mundo. De repente, vio a cinco perros jugar juntos tirándose bolas de tenis mordidas y justo al lado de ellos estaba....¿Quién si no? Zule. En cuanto la perrita se percató de la presencia de Mario, salió corriendo hacia él y se le subió encima.

Echaba de menos sus afectuosas caricias. Jugaron, saltaron pero finalmente tocaba irse. Mario no comprendía cómo podía haber viajado al cielo de los perros, pero estaba rebotante de alegría por haber visto a su perrita, Zule. Cuando llegó a Allariz, sus abuelos, sus tíos y su primo pequeño, Gabi, lo recibieron con un fuerte abrazo y, aunque por el jardín sólo corriera Coqui no sintió pena, pues mágicamente se había encontrado con Zule y había podido verla, quién sabe, si por última vez.